

Todos los fieles difuntos



2 de noviembre de 2023

Is 25, 6.7-9

Sal 129

1Tes 4, 13-14.17-18

Jn 6, 51-58

P. Eduardo Suanzes, msps

Al ponerme delante de las lecturas que la Liturgia propone para el día de hoy, *el día de todos los fieles difuntos*, la palabra que me viene al pensamiento es «vida». Las tres lecturas si se exprimieran, o pasaran por un alambique, destilarían luz, claridad, apertura, plenitud; en una palabra, vida y nada más que vida. Es importante que en este día las tres lecturas nos hablen de vida. Porque eso es lo que estamos celebrando. Por tanto, nada de calaveras, ni de Catrinas, ni de disfraces esperpénticos importados, o provenientes de culturas ancestrales y pre-evangélicas, en los que la oscuridad, la noche, la sangre, y lo patético son los protagonistas. Eso, simple y sencillamente, no es cristiano.

Nuestro Dios es un Dios vivo, un Dios de vida y todo lo que irradia es vida. Pensar en la muerte como un límite o como el final de algo no tiene sentido para los que somos seguidores de Jesús. Jesús nos dice: «yo he venido para que tengan vida y vida en abundancia»¹. Para eso ha venido Jesús, para darnos vida y una vida que es eterna, que es para siempre. Jesús no dice: «yo he venido para que cuando mueran tengan la vida». La vida de Jesús, su vida, la eterna, nos la da ya desde ahora. Pero con la muerte, como dice la Primera Lectura, «se arrancará el velo» de nuestros ojos y se «enjuagarán todas las lágrimas»

Lo que celebramos hoy es que en la muerte, en nuestra muerte² están escondidos la meta y el misterio de nuestra vida; en la muerte se abrirá ante nosotros un horizonte infinito, porque nosotros no morimos para sumergirnos en la nada, sino en Dios: entonces es cuando encontraremos definitivamente y para siempre a Dios. ¿Qué viene, pues, después de la muerte? Y la respuesta es ésta:

En nuestra muerte encontraremos definitivamente y para siempre a Dios

Lo decisivo de esta frase es la palabra «definitivamente». Porque, ya en nuestra vida terrena, encontramos a Dios de muchas maneras. Le encontramos en los momentos de felicidad y cuando rezamos para pedir algo que necesitamos. Le encontramos en nuestros actos litúrgicos, cuando levantamos hacia Él nuestra mirada y le damos gracias por algo. Le encontramos también en cada servicio que prestamos a otros y en cualquier intercambio positivo que mantenemos con nuestros semejantes.

Pero en todos estos encuentros Dios permanece oculto para nosotros. Parece callar. Sí; parece como que se nos escapara constantemente de nuestra vista. No le podemos retener nunca ni

¹ Jn 10,10

² Cfr. GERHARD LOHFINK. *La muerte no es la última palabra*. Pascua y hombre nuevo. Alcance 29.págs 11-54

podemos decir jamás: ahora le he conocido. Constantemente nos encontramos de camino en su búsqueda y constantemente tenemos que comenzar a buscarle. Encontramos a Dios de muchas maneras, pero nunca llegamos a conseguir el fin apetecido del encuentro pleno.

Los que han *muerto*, (que son los más vivos) sin embargo, han encontrado definitivamente a Dios; al Dios de nuestras oraciones; al Dios de nuestras aspiraciones, de nuestra esperanza y de nuestra fe. Cuando hablamos del cielo, no nos referimos a una cierta clase de cosas que allí nos esperan. Sólo hay cosas en este mundo terreno. Cielo significa exclusivamente encuentro con Dios mismo. Dios mismo resplandecerá entonces ante nosotros y no existe hombre alguno que pueda describir cómo será eso. Lo más que podemos hacer es pensar en momentos de nuestra vida en los que parecen desprenderse repentinamente las escamas de nuestros ojos y en los que súbitamente, como sacudidos por un profundo estremecimiento, descubrimos relaciones y conexiones que antes no habíamos soñado ni imaginado nunca.

Pero tales comparaciones no son, en el fondo, más que pálidos reflejos que tienen que difuminarse ante el estremecimiento gozoso y pleno del encuentro real con Dios. En nuestra muerte encontraremos a Dios definitivamente. Y entonces comprenderemos que siempre ha estado enormemente próximo a nosotros, de un modo misterioso; incluso en los momentos que pensábamos que Él estaba lejos. Entonces conoceremos lo grande y lo santo que es Dios; infinitamente más grande y más santo que la imagen que de Él nos habíamos formado. Dios aparecerá tan grandioso y santo ante nosotros que sólo con eso colmará todo nuestro pensamiento y todo nuestro ser, definitivamente y para siempre.

Desde esta perspectiva, «*el descanso-eterno*», expresión con que los cristianos acostumbramos a designar la vida junto a Dios, no me parece a mí una expresión acertada y feliz. El encuentro con Dios no es un descanso eterno, sino una vida increíble y vertiginosa; un huracán de dicha que nos arrastra, pero no en un sentido indeterminado cualquiera, sino cada vez más profundamente hacia el amor y la bienaventuranza de Dios. En nuestra muerte encontraremos definitivamente y para siempre a Dios.

Pero tenemos que hacer otra afirmación consoladora:

Nuestro definitivo encuentro con Dios acontece en Jesucristo

Dios nos ha hablado en muchas ocasiones y de muchas maneras; pero su última, definitiva e insuperable palabra nos la ha dicho en Jesucristo. En Él, Dios se ha convertido en la definitiva revelación y en la definitiva presencia en este mundo. En Él se ha vinculado Dios definitivamente a este mundo. En Él se ha revelado el sí amoroso de Dios al mundo y al hombre de un modo definitivo y para siempre. Quien desde ahora desee saber quién es Dios, tiene que contemplar a Jesús. El que le ve a Él, ve también al Padre. Jesús es el lugar en el que la acción liberadora y redentora de Dios para con el mundo ha alcanzado su máxima profundidad. Y como solo en Jesús se encuentra al Padre, en la muerte, es decir, en el cielo, la identificación con Jesús será plena y definitiva, de tal suerte que el Padre al abrazarme a mí abraza a su Hijo Jesús.

Luz, solo luz; vida, solo vida; plenitud, solo plenitud, alegría, solo alegría...